

ASPECTOS TEÓRICOS DEL ARTE



Luis Miguel Morales Aguilar.
2011.
Tinta china.
90x100 cm

NUEVOS PARADIGMAS Y CONSERVACIÓN DEL PATRIMONIO CONSTRUIDO

*José Enrique Garnier Z.**

“Una ciudad en la que todo el mundo cuidase de sí mismo como es debido sería una ciudad que funcionaría bien y que encontraría así el principio de su perpetuación”. M.

Foucault

Estas reflexiones tienen como objetivo enfrentar el quehacer en los procesos de la preservación y conservación del patrimonio construido con los principios de los nuevos paradigmas.

¿Por qué esta inquietud? Porque desde hace mucho tiempo nos venimos quejando de no encontrar el camino efectivo para una conservación del patrimonio y, tal vez, sea porque estamos enfocando el problema desde una perspectiva que no corresponde con el proceso de desarrollo del pensamiento contemporáneo, y seguimos viviendo de una ilusión muchas veces romántica o idealista de cómo preservar nuestros monumentos.

Primero que todo, ubiquemos a los viejos paradigmas como los paradigmas cartesianos, mecanicistas y deterministas, que plantean una visión fragmentada de la realidad; aquella que conlleva a un enfrentamiento entre lo nuevo y lo viejo, entre lo moderno y lo antiguo, proponiendo una ruptura entre el pasado y el presente, con la idea de un progreso continuo como fin último; y tendiendo como base un modelo de desarrollo patriarcal, dominador y depredador, basado en el control y la violencia, y no en el cuidado y la cooperación.

Estos paradigmas encontraron su punto cumbre y de mayor auge en el desarrollo de las ciencias con pensadores como Darwin con su teoría de la evolución; Marx con el materialismo dialéctico; y Freud con su teoría del psicoanálisis, entre otros.

Como consecuencia de este desarrollo de los paradigmas mecanicistas y el enfrentamiento con el pasado, surge la necesidad de preservar objetos antiguos, concibiendo esta preservación como una fragmentación más de la realidad.

David Bohm, científico del siglo XX, contrario a la visión mecanicista, plantea que la realidad es una totalidad indivisible, y que el pensamiento humano la fragmentó para poder comprenderla y estudiarla, siendo esta fragmentación toda una ilusión.

Es precisamente ese punto uno de los que es forzoso resaltar primero. La preservación del patrimonio se ha asumido como una fragmentación ilusoria, pero con la necesidad de preservarse como símbolo de una herencia que mantuviera la descendencia cultural y las relaciones de poder dentro de una visión eminentemente patriarcal. De ahí su denominación de “patrimonio”. Por otra parte, lo que se conserva es lo que da identidad o representa y refleja las identidades de los grupos sociales dominantes.

La idea de identidad también se concibió como una fragmentación más, de manera tal

* Profesor Escuela de Arquitectura, Universidad de Costa Rica.
Recepción: 08/12/2011. Aceptación: 13/02/2012.

que, hasta hoy en día, se dice que lo que le da identidad a algo es su diferencia, olvidando que lo que también debe dar identidad es lo que se encuentra de uno mismo en el otro; lo que implica un concepto de identidad bajo principios de totalidad y no fragmentada y, por lo tanto, interrelacionada e interconectada con los procesos.

Lo que ha tenido como consecuencia, que lo que es reflejo de las identidades de los grupos sociales no dominantes se haya invisibilizado al romperle sus conexiones y relaciones con el todo.

Lo anterior ha provocado que la conservación del patrimonio haya ido cayendo en un proceso de privilegios de grupos de poder que establecen qué, cuándo y dónde hay que preservar y destruir, manteniendo identidades en estado de desigualdad.

Así se ha invisibilizado lo que es dador de identidad como parte de un conjunto de relaciones e interconexiones, y nos han impuesto una conservación y preservación de objetos o materialidad fragmentada, y ajena a la totalidad, siendo necesaria la restauración material de esos objetos históricos. “Se conserva el material, más no su magia. Se conserva su cuerpo más no su espíritu”.

Es a partir de la ciencia moderna del siglo XX, y específicamente de la nueva física con las teorías de la relatividad y de la mecánica cuántica, que el paradigma mecanicista empieza a ser revisado críticamente.

De esta forma, los nuevos paradigmas, sean emergentes, relativistas, sistémicos, holísticos, ecológicos o femeninos, conllevan al desarrollo de una serie de principios y teorías que nos proponen otras perspectivas de la realidad y, por consiguiente, de la función social de la conservación de los productos culturales del pasado.

El surgimiento de estos nuevos paradigmas, con teorías como de la complejidad, dinámica no lineal, autoorganización, atracción caótica, estructuras disipativas, deconstrucción del lenguaje, teoría del caos, sistemas abiertos, plantean una percepción de la realidad que se rige por los principios de la interdependencia, interconexión y autoorganización, y se nos

presenta como grandes redes interrelacionadas donde lo fundamental no son sus elementos o partes, sino la red de relaciones.

Estos nuevos paradigmas plantean una visión global, como lo señala Fritjof Capra, quien propone:

- un cambio de la parte al todo,
- un cambio de la estructura al proceso,
- un cambio de la ciencia objetiva a la ciencia epistémica,
- un cambio de la construcción a la red como metáfora del conocimiento, y
- un cambio de la verdad a las descripciones aproximativas.

Paradigmas que buscan romper esa ilusión de fragmentación a través de la visibilización de las relaciones y procesos ocultos en las estructuras de poder, fundamentalmente en las estructuras de sociedades patriarcales más preocupadas por la certeza de la descendencia cultural, que por el desarrollo de la identidad como factor esencial en el desarrollo humano.

Además, se centra en valores de respeto, solidaridad, cooperación, participación, y buscan transformar el principio del viejo paradigma de tener por el de ser, de replantear la ética e incluirle principios de responsabilidad.

Por esto es necesario revisar el término “patrimonio”, por su origen páter, ‘patriarcal’, de carácter excluyente, y buscar una denominación más inclusiva donde no se separe lo tangible de lo intangible ni el objeto de sus relaciones.

A esto se unen los conceptos revisados de la historia, en los que además de testimonio se plantea como juicio crítico de los acontecimientos.

Entonces, la historia tendría por objeto la construcción no solo del tiempo homogéneo y vacío, sino también del tiempo actual, como nos dice Walter Benjamín. Martín Bloch, por su parte, plantea que la historia antes que nada es conocimiento de los cambios; y, en el mismo sentido, Antonio Pizarro propone que dentro de los nuevos paradigmas se puede decir que el fin último de la historia es cambiar la historia, como una disciplina de crítica abierta e interpretativa.

De esta forma, la historia no solo debe ser explicativa y descriptiva de la realidad, sino que también es necesario transformarla para que fundamente una construcción de las identidades en el contexto de los nuevos paradigmas.

En la arquitectura diferentes movimientos, corrientes y principios han tratado de recoger esta necesidad de percibir y proyectar una realidad holística, sistémica y ecológica.

Tenemos la arquitectura de la deconstrucción, la arquitectura de la nueva sensibilidad, la arquitectura sostenible y sustentable; estas rearquitecturas han propuesto principios que relacionen los hechos arquitectónicos con los principios de los nuevos paradigmas. Uno de ellos, el nuevo organicismo, recoge de una forma más amplia muchos de ellos.

Evidentemente, han existido diferentes movimientos orgánicos a lo largo de la historia: desde la arquitectura de la prehistoria, pasando por el gótico, el barroco, el art nouveau y otros, hasta el momento en que llegamos a comprender que se ha pasado de un organicismo funcionalista y estructural a un organicismo metafórico y geocósmico, donde lo orgánico se enfrenta al principio de la línea recta, el ángulo recto y el cubo como modelos de pensamiento más que de forma.

Por eso, en lo contemporáneo el organicismo nos plantea la utilización del principio de distribución de relaciones y fuerzas a través de la forma.

Estos principios orgánicos son influencia directa del planteamiento de estos nuevos paradigmas expuestos por Fritjof Capra, por las ideas científicas tan diversas como la astrofísica avanzada, las teorías del caos y la teoría Gaia, con las que se concibe al planeta como un supraorganismo que se autorregula a sí mismo.

Esta propuesta orgánica va más allá de la simple conservación de la naturaleza. Su interés se centra en las interrelaciones, más que la conservación de un ambiente natural fragmentado y aislado.

Se concibe la naturaleza como el conjunto de relaciones entre la tierra, el cosmos y los sistemas de autorregulación del planeta,

percibiendo que el ser humano sea parte de la misma naturaleza, y no un emisor privilegiado que en un momento histórico decidió cómo deberían nombrarse todas las bestias y los lugares, concibiendo al hombre por encima de la naturaleza.

Este nuevo organicismo es visualmente poético, radical, idiosincrásico y respetuoso del medio ambiente y del ser humano, encarnando la armonía de los lugares, las personas y las cosas a través de sus interrelaciones.

Este pensamiento orgánico puede también considerarse como una expresión de la feminización de la sociedad o del nuevo equilibrio femenino en la sociedad occidental, de manera que se visibilice lo que implican los valores femeninos y, de esa manera, incluir los valores de una identidad de la diferencia en relación con el todo.

La creación orgánica en el arte y la arquitectura no es un estilo, sino un principio, ya que ningún estilo es capaz por sí mismo de abarcar el principio orgánico. Se trata de un paradigma sin límites. Lo orgánico no se basa en planteamientos figurativos, sino sociales, que respondan a los procesos y ritmos de la naturaleza.

Crear para la vida requiere que lo hagamos como la naturaleza, es decir, de una manera orgánica, y para proyectarla necesitamos de una geometría de la naturaleza.

Esta geometría de la naturaleza es lo que planteó Mandelbrot a partir del concepto de fractal. Él buscaba una geometría de lo quebrado y retorcido, de lo enmarañado y entrelazado, de las interrelaciones y conexiones, e investigó en la naturaleza patrones geométricos a diferentes escalas, y llegó a descubrir que las relaciones entre irregularidades se mantienen a diferentes escalas; y descubrió, también, pautas irregulares y reiterativas en los procesos naturales.

A esta geometría, figuras y dimensiones les llamó fractales que significa, sobre todo, 'autosemejanza', es decir, pauta en el interior de la pauta. Esto se ha encontrado a lo largo y ancho de la historia humana en el pensamiento.

William Blake dijo que ver el mundo en un grano de arena y el cielo en una flor es tener

la infinidad en la palma de la mano y la eternidad de una hora; así como los principios orientales de que el todo está en la parte, de que todo es mente y de que existe correspondencia y vibración entre todo en el universo, son prueba de que siempre ha estado latente esta preocupación de un mundo más holístico e integrado.

Si extrapolamos estos principios a una posible concepción y visualización de la preservación y conservación del patrimonio construido, percibo que la teoría del lenguaje de patrones es un modelo que se aproxima a una exploración de las relaciones espaciales, y de cómo en éstas se manifiestan las calidades de vida que representan las identidades vistas y latentes de una sociedad.

Un patrón espacial es una pauta, un principio que representa la parte como un todo, y las personas se identifican con él cuando encuentran principios de autosemejanza con su ser interior a través de conexiones ocultas.

Por eso, podemos definir un patrón como “un principio general del diseño y del planteamiento, a través del cual se formula un problema concreto que puede presentarse repetidas veces en cualquier proceso de diseño”.

Asimismo, “delimita el tipo de contexto en el cual este problema puede ocurrir, y muestra las características esenciales que ha de poseer cualquier edificio”, como lo manifiesta Christopher Alexander en sus últimos estudios sobre la “Arquitectura Generativa”.

El patrón plantea esquemáticamente la solución de un problema que puede presentarse en distintas circunstancias, contextos y escalas. En este sentido, no es autónomo sino contextual. El problema, la necesidad y, por lo tanto, el patrón no pueden escindirse de sus relaciones con otros elementos o problemas, en su nivel y en otros; en su momento o en otros.

Alexander plantea que las estructuras de los espacios sociales están compuestas por elementos concretos, y estos se relacionan con ciertos patrones de acontecimientos, de esta forma los patrones espaciales responden a patrones de acontecimientos.

El estudio de los patrones en los espacios sociales determina que si los patrones espaciales

responden a patrones de acontecimientos, y estos se determinan como patrones de relaciones, lo que determina una estructura espacial son patrones de relaciones, de acontecimientos y de espacios.

Cada patrón espacial tiene sus propias reglas que establece un conjunto de relaciones en el espacio. El modelo busca determinar estos patrones de relaciones que determinan el espacio social.

Así, el patrón es dinámico y amplio, pues no se circunscribe a una escala de análisis, sino que se define sólo en función de sus determinantes, de esta forma: “[...] la acción y el espacio son indivisibles. La acción se apoya en el tipo de espacio”.

El espacio apoya este tipo de acción. Ambos forman una unidad, un patrón de acontecimientos en el espacio”, según Alexander.

Es por esto que propongo que dentro de una exploración de los nuevos paradigmas, para visibilizar nuestra herencia cultural como una red de relaciones, es necesario reconstruir nuestras identidades, relacionando las diferencias con la mismidad en la otredad; desarrollando un modelo orgánico de interpretación, análisis e intervención del patrimonio construido, a partir de los principios del lenguaje de patrones como interrelaciones capaces de construir y modelar espacios con identidad.

Para talefecto, es necesario diseñar (diseñar los sueños) identidades, contextualizarlas en el mundo interno y externo de los seres humanos; experimentar y deconstruir las estructuras de poder que han definido y ejercido poder sobre el llamado patrimonio cultural y construido, y ReArquitecturar esa herencia arquitectónica, considerando los valores estables y su renovación dentro de un sistema abierto y vivo.

Abrir procesos de participación en la conservación del legado histórico permitiría desarrollar el sentido de pertenencia y el autoconocimiento necesario del ser humano histórico, para percibir su herencia cultural desde la perspectiva de los nuevos paradigmas. Por esto, la interrelación y la cooperación entre las ciencias y las artes se hace necesaria para el desarrollo de un nuevo humanismo.

Por otra parte, el legado cultural comprendido como autoconocimiento, reafirmación y renovación de valores, permite comprender de dónde venimos y hacia dónde podemos ir como seres humanos integrales, donde no se fragmente el desarrollo interior y exterior de cada ser humano a través de las redes de interrelaciones e interconexiones de los sistemas abiertos y vivos.

Un pueblo que invisibiliza su legado cultural tiende a perder su autoestima, por lo que

es necesario fortalecer la dignidad y el respeto de nuestros valores y principios, considerando tanto lo local como lo global, lo particular y lo universal. Este legado es vida y es experiencia y es un proceso de aprendizaje constante.

Desenmascarar la invisibilización de nuestro patrimonio consiste en visibilizar valores de una cultura de paz y no agresión, no solo a los edificios u objetos construidos, sino también al niño, la niña, la mujer, las personas adultas mayores y, por supuesto, a nosotros mismos.

